

A propósito de la fiesta del 1º de mayo. ("El Mercantil Valenciano",  
Valencia, 12 mayo 1918).



Pasó este año la fiesta del Primero de Mayo, habiendo sido en casi toda España — o en toda ella, por decirlo mejor — tan rutinaria, tan ritual, tan litúrgica como venía siéndolo hace tiempo. Porque esa fiesta, que debió ser una manifestación de ideales, se ha convertido en un festejo más, en un holgorio, en el que toman parte los mismos que más execran del propósito que sirvió a establecerla.

Ni siquiera la guerra ha alterado esa evidente decadencia de la fiesta llamada del trabajo, que es hoy un día de asueto más. En las peticiones que en ese día se llevan en procesión cívica, entre estandartes y banderas, a los gobiernos civiles, no creemos que haya figurado ninguna definida y clara respecto a los problemas que a España, a esta España envilecida por la neutralidad a todo trance y costa, y hágasele lo que se le haga, le plantea la guerra.

Hay que tener en cuenta que la fiesta del Primero de Mayo, que empezó con la famosa petición de los tres ochos, no tiene ya carácter socialista en casi ninguna parte de España.

Cierto es que el socialismo ha tenido siempre en nuestra patria mucho menos arraigo y mucha menos extensión de lo que por muchos se cree. Debido, naturalmente, a que hasta no hace mucho el partido socialista obrero — que al fin ha rectificado su conducta — se empeñaba en proceder por cuenta propia, en rehuir coaliciones — y a quienes más combatía era a los republicanos — y en apartarse de la política. Hoy ha rectificado su conducta, con lo que se le abre un porvenir que antes le estaba cerrado. Y desde la gloriosa huelga de agosto del año pasado ha iniciado un nuevo camino, un camino que no se perderá, como el otro se perdía, en un desierto. Este camino es el de las huelgas políticas y no meramente económicas.

Pero hay que ver la lamentable disposición de tantas y tantas agrupaciones obreras de ciudades y villas españolas que llevan a los Municipios a representantes suyos, no a otra cosa sino a servir los intereses individuales y personalísimos de los agrupados y a colocarlos, si es posible, de empleados y servidores municipales.

La tan mentada empleomanía ha ganado en la clase obrera o proletaria. La aspiración de nuestros obreros en llegar a funcionarios públicos, barrenderos, ordenanzas, guardias municipales, guardas de consumos, etc., etc. Los Municipios se les aparecen, lo mismo que el Estado, como Hospicios. La concepción hospiciaria ha pasado de la clase media al proletariado.

En no pocos casos, el que un obrero consiga que le lleven sus compañeros de representante suyo a un Municipio no es más que un paso para llegar a ser con el tiempo empleado dependiente de ese mismo Municipio o del Estado.

Tenemos entendido que los toncejales socialistas del Ayuntamiento de Madrid, y el primero fué el austerísimo Pablo Iglesias, se cuidaron siempre de no andar colocando a amigos y electores, sabiendo lo que eso les ataría para una eficaz fiscalización de la labor edilicia, y que se

apartaron de los cambalaches a que dan origen las cuestiones de nombramiento de personal. Sólo así se puede hacer socialismo.

Pero lo más del llamado en España movimiento obrero nada tiene de socialista ni de ninguna otra categoría de carácter doctrinal y de principios. A lo sumo se reduce a un sindicalismo. Y tampoco un sindicalismo doctrinal y enderezado a lograr ventajas colectivas. Suelen ser nuestras asociaciones obreras en no pocos casos meras asociaciones para la obtención de ventajas individuales; pero de esas que si las obtiene uno dejan de obtenerlas los

demás. Sabemos de alguna localidad en que han establecido un turno para formar parte los asociados como vocales de la Junta de Reformas Sociales, sin otro objeto que el repartirse las eventuales dietas que por esa función pueden corresponderles alguna vez. Y sabemos que si la presidencia de un gremio es alguna vez apetecida, sólo se debe a que ello le permita al presidente mezclarse en juntas y comisiones de una y de otra clase con individuos de las otras clases sociales.

Cuando algunas veces hemos oído hablar de municipalización de servicios públicos, lo cual debe constituir el nervio de una administración municipal socialista, de ordinario ha sido mirando más que al bien común y a las consecuencias de tal régimen a facilitar la colocación como funcionarios municipales de un número mayor o menor de obreros. Ante todo, por creer que un obrero dependiente del municipio tiene más seguro su jornal, y sobre todo se le exige trabajar menos. Un municipio es siempre un patrono transigente con la holgazanería y con la ineptitud de sus servidores.

Es una triste verdad que lo más del movimiento llamado obrero está en España infestado de perdiosería. No podemos olvidar que el obstáculo mayor a la supresión del impuesto de consumos en alguna población española ha sido que habían de quedar sin empleo los haraganes que formaban el cuerpo de consumidores o vigilantes de puertas, los más de los cuales eran o inválidos del trabajo que buscaban en ese oficio una especie de jubilación encubierta u holgazanería de nacimiento, que de no ser consumidores habrían sido esquirolas. El ejército aquel de reserva de que hablaba Carlos Marx trata nuestro ejército activo de ocuparlo haciéndole empleado público. Y luego los más de los del activo aspiran a reservistas.

Y todo ello ha dependido de que el movimiento obrero español ha carecido de dirección doctrinal; esto es, socialista. El número de verdaderos socialistas, de obreros con una concepción más o menos definida y detallada de lo que debe de ser una sociedad civil para que en ella reine la justicia en las relaciones económicas, ha sido siempre muy pequeño. Les ha faltado sentido político. Y de aquí lo mezquino y miserable que suele ser la Fiesta del 1º de Mayo.

Miguel de UNAMUNO.

